

EL MUNDO PINTORESCO

PERIÓDICO SEMANAL.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, BIOGRAFÍAS, MÚSICA, TEATROS, MODAS Y TOROS.

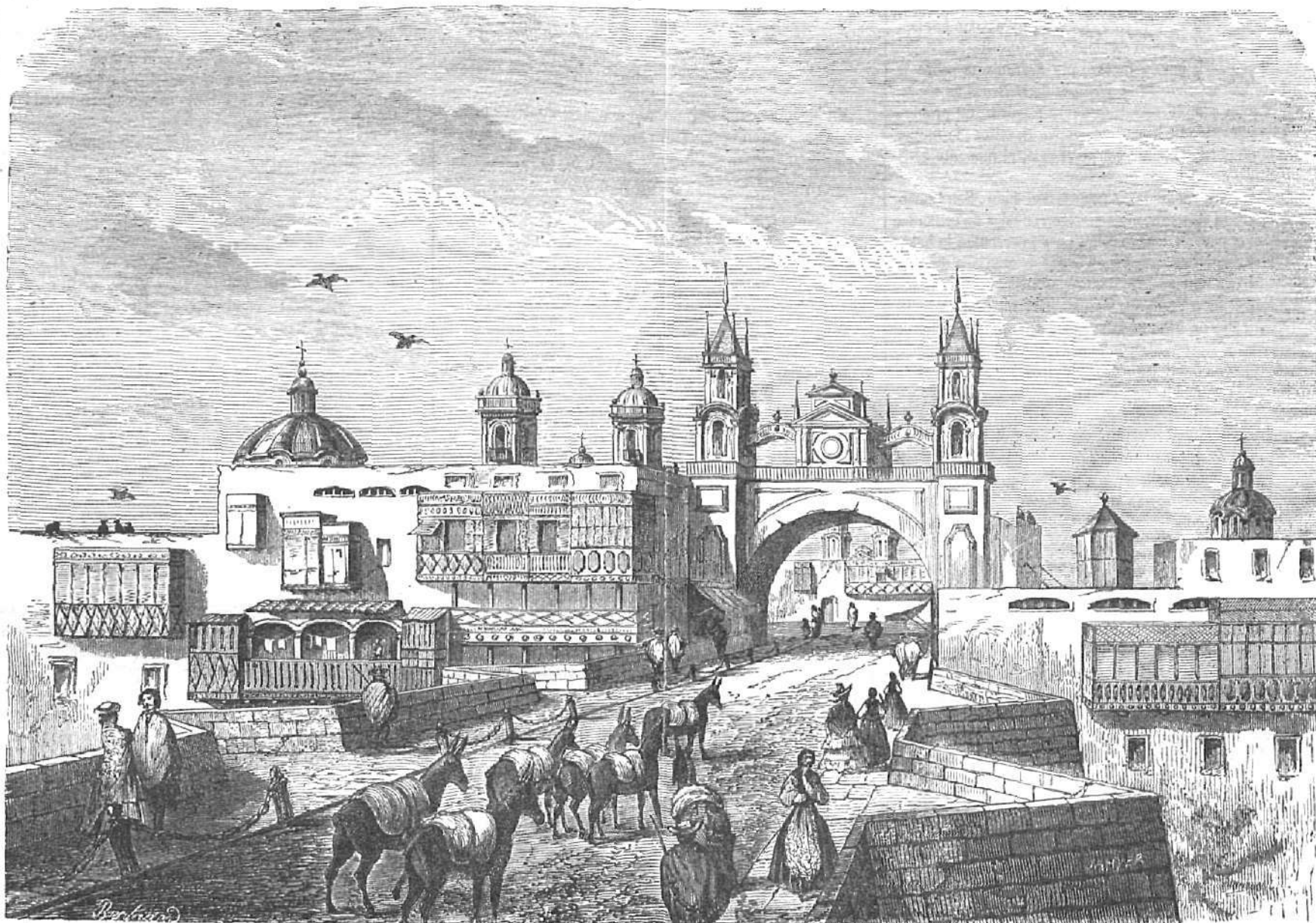
PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.....	Un mes.	8 rs.
	Tres meses.	20
EN PROVINCIAS.	Un mes (franco de porte).	40
	Tres meses.	24

N.º 1.

11 Abril 1858.

Este periódico sale todos los domingos.
Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Desengaño, núm. 10.—En provincias en las principales librerías.
Un número suelto, 3 rs. vn.



Vista del puente de Lima.

AL PÚBLICO.

EL MUNDO PINTORESCO se presenta en la arena literaria exento de pretensiones, pero convencido de la falta que hace una publicación de su especie.

No aspiramos á deslumbrar al público y omitimos los anuncios pomposos, inútiles siempre que las obras no corresponden á las exigencias de los lectores.

Llenos de ardor acometemos la empresa difícil, aunque grata, de dar á luz un pe-

riódico semanal que reuna las circunstancias que se requieren para igualar á los que se publican en el extranjero. El afán de conseguirlo nos ha hecho no perdonar sacrificio ni estipendio alguno: estamos seguros de que las personas ilustradas aplaudirán nuestro pensamiento y el público severo é imparcial cooperará con su ayuda, alentando los esfuerzos de los que no tienen otro interés que sostener el rango literario de su nación.

EL MUNDO PINTORESCO saldrá semanalmente, y su redacción será confiada á nuestros mejores ingenios. Sus columnas, impresas con tipos elegantes y compactos, encerrarán las

descripciones de los monumentos mas notables del Universo, con su correspondiente ilustración. Las biografías y retratos de los hombres célebres. Artículos científicos, históricos, críticos, artísticos, de costumbres, teatros, modas, toros, y novelas, tanto españolas como extranjeras.

El magnífico papel que emplearemos en la publicación, hará resaltar el lujo y claridad en la parte tipográfica, la cual irá embellecida con profusión de grabados nacionales y extranjeros representando los sucesos mas notables de actualidad.

JUAN JOSÉ MARTÍNEZ.

POETAS CONTEMPORANEOS.

ESPRONCEDA.

Así como la naturaleza ha dado margen al sabio para un diferente y prolongado estudio especulativo, así también ha prestado variada y fecunda inspiración al vate.

Hesiodo remonta su vuelo, salva las esferas en que se mueven los astros, gira por regiones desconocidas, y puebla de dioses los espacios inhabitables.

Homero busca los lugares ya célebres, los hechos famosos, las tradiciones más notables, y al crear la epopeya con una era de guerras y barbarie, coloca entre cielo y tierra la raza de los semidioses.

Más tarde, cuando el cristianismo aparece, la musa pagana vencida, tiene que replegar las alas y enmudecer.

El Evangelio, ese poema de los poemas, faro elevadísimo, cuya luz deslumbra, estiendo sus rayos vivificadores difundiendo su resplandor divino, inextinguible como la eternidad.

Las flores de la poesía tienen que derramarse sobre la sangre de los martirios. Los jardines de Helicon se secan. Se verifica un cambio social, quíerese resolver un problema: hay que defender al esclavo contra el señor, la mujer contra el hombre, el pobre contra el rico, el inocente contra el culpable.

¿Quiénes son entonces los poetas? San Juan, San Lucas, San Mateo, San Agustín; ellos vierten raudales de armonía, enarbolan el pendón contra el Parnaso, presentan la batalla, luchan, salen vencedores, y la poesía cristiana duerme después de la victoria.

Y hasta el siglo V, nueva, fecunda, romántica, hija exclusiva del pueblo, no levanta su voz conmovedora en poder de los trovadores. Recupera su influencia, rejuvenecida, fresca, armoniosa, sube desde las plazas públicas a los alcázares de los grandes, se ennoblece y cantan los reyes y señores. Guillermo IX primero, y luego Pedro II, Jaime I, Pedro III de Aragón, pulsán la lira. Entre el siglo XII y el XIV se desarrolla y aparecen grandes genios, como el Dante.

No necesitamos seguir paso a paso las revoluciones del arte: con lo espuesto basta para deducir:

La poesía se halla en todas partes; al genio corresponde buscarla.

Los ríos, las fuentes, el mar, las grutas, los bosques, las flores, han sido divinizadas. Los astros, el cielo, las moléculas del aire, las gotas de rocío, la lluvia, la nieve, el viento, el relámpago, el trueno, el rayo, han sido objeto de otras transformaciones poéticas: los animales, el hombre, Dios, la naturaleza física y moral, han sido cantadas bajo todas las formas posibles e imaginables.

¿Debe morir la poesía lírica? ¿Qué le resta por hacer?

Hé aquí en el momento, que sobre su dispuesta tumba, deposita un joven la página final, la losa funeraria que tal vez la encubra para siempre.

¡Página grande, sublime, que pertenece a nuestra literatura nacional! Último florón arrancado de la corona de una musa que llora! ¡Hoja postrera del árbol de la poesía, que se llama *Diablo-Mundo*!

El poema épico no puede vivir: lo maravilloso, lo incomprendible, causa risa. Frios calculadores, filósofos han de ser los poetas. Se necesitan Byron y Goethe.

Y venciendo tantos obstáculos, luchando con una generación indiferente, se levanta osado el genio y encúbrase glorioso al templo de la inmortalidad. Canta lo que solo puede ser ya poético; los dolores de la humanidad.

Tal acontece a Espronceda. Ingénio fecundo, fantástica imaginación, inteligencia profunda, espiritual, penetrante; sensibilidad exquisita, corazón ardiente, espíritu elevado, que halla estrecho recinto la tierra para contenerle, que se espacia, vuela y recorre las regiones etéreas; voluntad dominadora que quiere verlo, tocarlo, sentirlo todo. Ser excepcional formado para emblesar con embargadora melodía; alma rítmica que al hablar canta sin saberlo; número robusto, lozano, independiente, que camina a la ventura, voluble, risueño, alegre, satírico, mordaz unas veces, sentido, lloroso, dramático, aterrador otras. Este es el poeta.

¿Y el hombre? ¡Ah! Hijo del suelo español, proscripto de la patria; ciudadano en quien viven animadas por un fuego devorador, las ideas de libertad de sus antepasados; entusiasta combatido por el escepticismo y el hastío, que del placer hace un dolor, fuerza que busca sosten en la debilidad, vida que desprecia y espone continuamente su existencia, ángel que se empeña en aparecer diablo.

Su famoso poema es el análisis y la síntesis de la sociedad de su tiempo.

Espronceda se lanzó por las sendas tristes y tortuosas de

ella, buscando lo que inspirase su mente de poeta. Sintió reflejado el mundo en su imaginación ardiente, ilimitada; mas que padecimientos reales, fueron su amargura y causaron su desgracia, las borrascas de ese mundo sin espacio que se rebullía fantástico en su cerebro; así al dar a luz los sueños y delirios que abrigaba, las reflexiones de su inteligencia, la inspiración de su alma, la forma, el símbolo, la alegoría con que reviste al pensamiento la musa, su parto engendrado por el dolor, las únicas armonías que esparce, son ayes desesperados, exclamaciones de tedio, gritos de conmisericordia. Es una obra de la fatalidad, un condenado que derrama sus lágrimas a raudales, un monstruo a quien no puede darse otro nombre que *Diablo-Mundo*. Todo el que lo toca mata su corazón, cada fibra de su sensibilidad es una flecha cruel de cuya punzada es imposible huir.

El autor comprendió, buscó y sintió la única poesía que cuadraba a su época; penetrante, violenta, venenosa. Su misión quedó cumplida: su nombre ocupará en la posteridad un lugar junto a Homero y el Dante, grandes poetas que hablaron en el lenguaje deseado a los siglos en que vivieron.

FEDERICO UTRERA.

En los números próximos nos ocuparemos de otros ingenios que honran la literatura moderna.

ESTUDIOS HISTORICOS.

SIGLO XVI.

I.

Hay una época en la historia de los tiempos en que el mundo renaciendo de pronto, despertó en sus arterias las palpitaciones de la vida, que antes parecían como estinguídas; en que animado por los rayos del sol vivificante de la primavera, que se desprenden de los velos de las nubes, brotó en surtidores de calor y de fuerza, en arroyos de luz, y en trasportes de alegría.

Entonces, los montes, gigantes derribados, se estremecen, sacuden sus mantos de hielo, rompen sus cíngulos de nieve, que derretido en perlas, bajan bulliciosas saltando de roca en roca, de arista en arista, de grieta en grieta, fecundizando lejanas campiñas convertidas en murmurantes arroyuelos.

Entonces, los ríos henchidos se inflaman y se enorgullecen, rompiendo con pompa y magestad por entre las arenas de las orillas.

Entonces, el prado y las florestas cubiertas de frescura y tiernas florecillas esmaltan su alfombra con caprichosas labores, perfumando el aura con los suspiros y emanaciones de sus pintadas corolas, y poblando el ambiente de armonías.

Entonces, las aves cantan bajo el follaje arrullándose, mientras los pardos ruiseñores, entre los plúmeros de los árboles, saludan el naciente día, con sus alegres y canoros gorros.

Entonces, murmuran sus amores las pintadas alondras sobre los surcos que abre la esteva del labrador.

Entonces, el hombre, rey de la creación, arranca a la naturaleza sus más lindos secretos, para imitarlos; bebe en las auras y en las flores las dulcísimas emanaciones de la armonía en el rico y espléndido vaso que llaman juventud, savia rica de amor, entusiasmo e inspiración.

Tal fué el siglo XVI entre las edades del mundo.

En él, todo se altera, todo se conmueve, todo se inventa, todo se aclara, todo se renueva.

Las sociedades antiguas desaparecen, saliendo de sus ruinas otras nuevas.

Leyes, trages, instituciones, pensamientos, principios, usos y costumbres, todo varía.

La idea y el sentimiento, el hecho y la causa, se ensanchan y engrandecen, elevándose a proporciones gigantescas, la fiebre de la invención agita y absorbe al universo, sacándolo del estado en que yacía. El coloso del feudalismo es arrastrado a su vez por el imperio de las luces, y la barbarie derrotada en todos los países huye a guarecerse en el Africa, donde reposará para siempre.

La guerra, la conquista, la religión, el arte y la ciencia, sacuden sus miembros entumecidos y se levantan, como Anteo, con mayor brio y fuerza.

La verdad sacude la luz radiante de su antorcha, y lanza al través de las sombras no disipadas todavía, mil arroyos de luz.

El alma despertada de su letargo, fortificada y robustecida con el impulso nuevo, inusitado de la inteligencia, rompe los diques que la detenían, y se lanza en el ancho campo de la sabiduría humana con el fuego de un caballo a la carrera.

II.

Todo cambia entonces en la superficie del globo.

El mundo de Aristóteles no existe.

El mar de las Indias el mar de los antiguos no es mas que un mar interior, una cuenca rodeada de costas del Asia y del Africa, unidas al Atlántico por una parte, y con las aguas de la China y un mar del Este por otra.

Colón, genio errante de corte en corte, tenido en poco por los sabios de Italia, Portugal e Inglaterra, solo encuentra en España a Isabel la Católica, que empeña sus joyas, vende sus diamantes, para añadir un florón mas a su corona, para armar una débil escuadrilla de tres carabelas, que al mando de un loco, como le llamaban por burla, realizase sus ensueños, para que al golpe de su varilla mágica, surgiese de enmedio del Océano, islas perfumadas por los aromas mas preciosos, para que apareciese una naturaleza virgen, que el velo de millares de siglos ocultaba en Occidente. Esto sucedía en 1492.

(Se continuará.)

VICENTE CUENCA DE LUCHENI.

DELHI.

El origen de Delhi se pierde en la noche de los tiempos. Su nombre primitivo fué *Indra Prast'ra*, es decir: *morada de Indra*, y reinaron en ella como soberanos los indos hasta fines del siglo XII.

Reemplazáronles en el trono los príncipes Afgans que fueron arrojados a su vez por Tamerlan.

Ha sido muy célebre en todo el Oriente por su magnificencia y sus riquezas. Lo que mas llama, por su especialidad, la atención de los viajeros, es el contraste que forma la capital del imperio del gran Mogol, con la esterilidad de sus alrededores. De esta ciudad puede decirse, que es un canastillo de flores en un desierto; pues los árboles y plantas que se elevan hasta llegar a dominar en sus habitaciones, y que las mas veces la ocultan, la semejan a un oasis en una estepa.

Segun refiere el príncipe Alexis Soltycoff, de quien tomamos estos ligeros apuntes, deseoso de contemplar en su conjunto esta antigua metrópoli del Indostán, subió los escalones exteriores de la primer mezquita que encontró. Subió, dice, y casualmente era esta, la principal, la mayor y la mas bella quizás del mundo. Por media-rupia, me dejó acercarme al muezzin a lo mas alto de un minarete, desde el cual pude contemplar el conjunto de Delhi.

«El palacio del Mogol, está rodeado de un fuerte rojo, después se estiende a lo lejos una vasta multitud de casas, con terrados a la italiana, como las que existen en Nápoles. Al pronto, me ensordecieron los gritos de los loros que revoloteaban por el aire; pero en un número tan crecido, que me ocultaron muchas veces los edificios.»

La población de Delhi se ha elevado en diferentes ocasiones hasta 2 millones de habitantes; pero en la actualidad, apenas si presenta de 200 a 300,000 almas.

Quizá nos pregunten nuestros lectores: ¿por qué causas una ciudad tan magnífica y poblada ha llegado hasta esa decadencia? El golpe mortal fué su conquista por Nadir, schah de Persia, en 1739.

Este feróz conquistador se apoderó de un tan rico botín, que los historiadores lo hacen elevar a la enorme cifra de 10 millares, y los cadáveres dejados en sus calles a 100,000. Apenas repuesta de este horrible desastre, fué saqueada de nuevo por los Máratas en 1760.

Los ingleses se apoderaron de ella el año siguiente, pero hasta 1803 no la ocuparon definitivamente, y son sus señores en la actualidad.

Sin embargo, después de esta época tuvo aun un soberano:

Akbar II, descendiente de los grandes Mogoles, pero no tenia mas que el título, pues sir Tomás Metcalf, ejercía la autoridad.

Esta era la situación de la ciudad de Delhi, cuando estalló la revolución.

De los sangrientos asesinatos que ha sido testigo esta ciudad nuevamente, pudo escaparse felizmente sir Tomás Metcalf.

JOSÉ M. CUENCA DE LUCHENI.

LOS COMPAÑEROS DE JEHÚ

POR

ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDA

POR D. SANTIAGO INFANTE DE PALACIOS

D. FERNANDO JOSÉ GARGOLLO.

PRIMERA PARTE.

La Mesa Redonda.

El 9 de octubre del año 1799, en un hermoso día de ese otoño meridional que hace en las estremidades de la Provenza, madurar las naranjas de Hyeres y las uvas de Saint-Peray, una carretela tirada por tres caballos de posta, atravesaba á galope el puente establecido en el Durance; entre Cavaillon y Chateau Renard, dirigiéndose hacia Aviñon, la antigua ciudad papal, que un decreto del 25 de mayo de 1791, habia ocho años antes unido á la Francia, union confirmada por el tratado que se firmó, 1797, en Tolentino, entre el general Bonaparte, y el Papa Pio VI.

El carruaje entró por la puerta de Aix, atravesando en toda su longitud y sin detener su carrera la ciudad, por las calles angostas y tortuosas, construidas de ese modo para evitar el viento y el sol, y parando á cincuenta pasos de la puerta de Oulle en la fonda del *Palacio egalité* que se empezaba poco á poco á llamar de nuevo la fonda del *Palacio Real*, nombre que habia llevado antiguamente y que ha vuelto á llevar hoy.

Estas pocas palabras, casi insignificantes, á propósito del título de la fonda delante de la que se paró la silla de posta y sobre las cuales hemos hecho fijar la vista, indican bastante bien el estado en que estaba Francia bajo aquel gobierno de reaccion terribiliana que se llamaba Directorio.

Después de la lucha revolucionaria que tuvo lugar desde el 14 de julio de 1789 al 9 termidor de 1794; después de las jornadas del 5 y 6 de octubre, del 21 de junio, del 10 de agosto, del 2 y 3 de setiembre, del 21 de junio, del 31 de mayo y del 5 de abril; después de haber visto caer la cabeza del rey y de sus jueces, de la reina y de su acusador, de los girondinos y de los franciscanos, de los moderados y de los jacobinos, la Francia habia experimentado la mas horrible y la mas nauseabunda de todas las lasitudes, la lasitud de sangre!

Llegó, pues, la necesidad del realismo, al menos el deseo de un gobierno fuerte, en el cual pudiese poner su confianza; en el cual pudiese apoyarse y que obrase por ella y le permitiese descansar mientras que él obraba.

En lugar de ese gobierno vagamente deseado, tenia el débil é inexorable Directorio, compuesto por el momento del voluptuoso Barrás, del intrigante Sieyes, del honrado Moulins, del insignificante Roges Ducos y del modesto pero algo simple Böhler.

De esto resultaba una dignidad mediana en el exterior y una tranquilidad deseada en el interior.

Es verdad, que en el momento á que hemos llegado, nuestros ejércitos tan gloriosos durante las campañas épicas de 96 y 97, un instante rechazados hacia la Francia por la incapacidad de Scherer en Verona y en Casano y por la derrota y muerte de Joubert en Novi, empezaba á volver á tomar la ofensiva. Moreau batió á Sowarow en Bassignana, y Brune batió al duque de York y al general Hermann en Bergen; Masena aniquiló á los Austro-Rusos en Zurich; Korsakoff se salvó con mucho trabajo, y el austriaco Hotz, así como otros tres generales fueron muertos, y cinco hechos prisioneros.

Salvó la Francia en Zurich, como noventa años antes Villars la salvó en Denain.

Pero en el interior, los negocios no estaban de ningún modo en tan buen estado, y el gobierno directorial estaba, es preciso decirlo, muy embarazado entre la guerra de Vendée y los saqueamientos del Mediodía, á los cuales segun su costumbre, la poblacion aviñonense estaba lejos de permanecer estraña.

Sin duda los dos viajeros que bajaron de la silla de posta, parada á la puerta de la fonda del *Palacio Real*, tenían algun motivo para temer la situacion de ánimo en la cual se encontraba la poblacion siempre agitada de la ciudad papal, porque un poco por encima de Orgon, en el lugar en que tres caminos se presentan á los viajeros, el uno conduciendo

á Nîmes, el segundo á Carpentras, el tercero á Aviñon, el postillon paró sus caballos y preguntó:

—¿Los ciudadanos pasan por Aviñon ó por Carpentras?

—¿Cuál de los dos caminos es el mas corto? dijo con una voz breve y estridente el mayor de los dos viajeros, que, aunque visiblemente de mas edad, tenia apenas treinta años.

—¡Oh! el camino de Aviñon, ciudadano, es de legua y media larga á lo menos.

—Entonces, contestó, sigamos el camino de Aviñon.

Y el carruaje volvió á tomar un galope que anunciaba que los *ciudadanos* viajeros como los llamaba el postillon, aunque la calificación de *monsieur* empezó á entrar en la conversacion, pagaban á lo menos treinta *sous* de agujetas.

Este mismo deseo de no perder de ningún modo el tiempo se manifestó á la entrada de la fonda.

Entonces fué como siempre el viajero de mas edad, el que tomó la palabra. Preguntó si se podia comer prontamente, y en la manera de hacer la pregunta indicó que estaba pronto á pasar con gusto por las exigencias gastronómicas, con tal que la comida pedida fuera servida con prontitud.

—Ciudadanos, contestó el fondista que al ruido del carruaje corrió, servilleta en mano delante de los viajeros: querreis ser servidos en vuestro cuarto, però si me permitierais daros un consejo...

Vaciló.

—¡Oh! dadlo, dadlo, dijo el mas joven de los dos viajeros, tomando la palabra por primera vez.

—Pues bien, que comierais simplemente en mesa redonda, como hace en este momento el viajero á quien espera aquel carruaje enganchado; la comida aquí es excelente y bien servida.

El fondista enseñaba al mismo tiempo un carruaje convenientemente construido, y tirado, en efecto, por dos caballos que pafaban, mientras que el postillon tenia paciencia bebiendo desde la ventana, una botella de Cahors.

El primer movimiento de aquel á quien se hizo esta oferta fué negativo; pero sin embargo, después de una segunda reflexion; el de mas edad de los viajeros, como si volviese sobre su primera determinacion hizo un signo interrogativo á su compañero.

—Este contestó con una mirada que significaba:

—¿Sabéis bien que estoy á vuestras órdenes?

—Y bien, sea, dijo el que parecia encargado de tomar la iniciativa; comeremos en la mesa redonda.

Después volviéndose hacia el postillon, que con el sombrero quitado, esperaba sus órdenes:

—Que en una media hora lo mas tardé, dijo, estén los caballos enganchados.

Y con la indicacion del dueño de la fonda, ambos entraron en el comedor; el de mas edad marchaba el primero, el otro el segundo.

Se sabe la impresion que producen en general dos recién llegados en una mesa redonda. Todas las miradas se dirigieron hacia ellos; la conversacion, que parecia bastante animada, se interrumpió.

Los convidados se componian de dos parroquianos de la fonda, del viajero cuyo carruaje esperaba enganchado á la puerta de un comerciante de vino de Burdeos de parada momentánea en Aviñon por las causas que vamos á decir, y de un cierto número de viajeros que iban de Marsella á Lyon por la diligencia.

Los recién llegados saludaron á la sociedad con una ligera inclinacion de cabeza, y se colocaron al extremo de la mesa, aislándose de los demas por un intervalo de tres ó cuatro cubiertos.

Esta especie de reserva aristocrática redobló la curiosidad de la cual eran objeto; por otra parte se conocia que habia que habérselas con personas de incontestable distincion, aunque sus vestidos fuesen de la mayor sencillez.

Los dos llevaban bota de campana sobre pantalones cortos, casaca de largos falones, sobretodo de viaje, y sombrero de anchas alas, que era poco mas ó menos la costumbre de todos los jóvenes de la época; pero lo que le distinguia de los elegantes de Paris y aun de provincias, eran sus largos y aplastados cabellos y su corbata negra ajustada al rededor del cuello, á la manera de los militares.

Los *lechuguinos*, este era el nombre que se daba entonces á los jóvenes á la moda, los *lechuguinos* llevaban tapabocas de piel hasta las sienes y el cabello recogido hacia atrás y la inmensa corbata con largos picos flotantes en la cual se sepultaba la barba.

Con esto impulsaban la reaccion hasta perderla.

En cuanto al retrato de los dos jóvenes, ofrecian dos tipos completamente contrarios.

El de mas edad de ellos, el que muchas veces habia, lo hemos ya observado, tomado la iniciativa y cuya voz aun en sus entonaciones mas familiares denotaba la costumbre del mando, era, como se sabe, un hombre de una treintena de años, con cabellos negros separados en medio de la frente, aplastados y cayendo á lo largo de las sienes hasta sus espaldas. Tenia la tez morena del hombre que ha viajado en los países meridionales, los labios delgados, la nariz derecha, los dientes blancos, y aquellos ojos de halcon que Dante da á César.

Su estatura era mas bien pequeña que alta, su mano delicada, su pie delgado y elegante; habia en sus maneras un cierto embarazo que indicaba que llevaba en aquel momento un traje que de ningún modo tenia costumbre de usar, y cuando habló, si se hubiese estado en las orillas del Loire, en lugar de estar en las del Ródano, su interlocutor hubiera podido observar que habia en la pronunciacion cierto acento italiano.

Su compañero parecia de tres ó cuatro años de edad menos que él. Era un hermoso joven de tez rosada, cabellos rubios, ojos de un azul claro, nariz larga y derecha, barba pronunciada, pero casi imberbe. Podia ser dos pulgadas mas alto que su compañero, y aunque de una estatura mas que mediana, parecia tan apuesto en su conjunto, tan admirablemente libre en todos sus movimientos, que se adivinaba que debia ser de fuerza, ó por lo menos de una agilidad y destreza poco comunes.

Aunque vestido por el mismo estilo y bajo un aspecto igual, parecia tener para el joven moreno una deferencia notable, que no pudiendo tenerla por la edad, la tenia sin duda por inferioridad de condicion social. Además le llamaba ciudadano, mientras que su compañero simplemente Roland.

Estas observaciones, que hacemos para iniciar mas profundamente al lector en nuestro relato, no fueron probablemente de ningún modo hechas en toda su extension por los convidados de la mesa redonda, porque después de algunos segundos de atencion concedidos á los recién llegados, las miradas se separaron de ellos, y la conversacion, un momento interrumpida, volvió á seguir su curso.

Es preciso confesar que la conversacion giraba sobre un asunto de los mas interesantes para los viajeros: era cuestion de la detencion de una diligencia cargada de una suma de sesenta mil francos pertenecientes al gobierno. La detencion tuvo lugar la víspera en el camino de Marsella á Aviñon, entre Lambesq y Port-Royal.

A las primeras palabras que fueron repetidas sobre el suceso, los dos jóvenes prestaron atencion con un verdadero interés. El acontecimiento habia tenido lugar en el camino mismo que acababan de seguir, y el que lo contaba era uno de los actores principales de esta escena de camino real.

Este era el comerciante de vino de Burdeos.

Los que parecian mas curiosos de los detalles eran los viajeros de la diligencia que acababa de llegar y que iba á volver á partir. Los demas convidados, es decir, aquellos que pertenecian á la localidad, parecian estar demasiado al corriente en esta clase de catástrofes para dar pormenores, en lugar de recibirlos.

—¿Ciudadano, decia un gordo señor contra el cual se apretaba, en su terror, una muger alta, seca y delgada; decís que fué en el camino mismo que acabamos de seguir donde tuvo lugar el robo?...

—Sí, ciudadano, entre Lambesq y Port-Royal, habéis observado un sitio en que el camino sube y se estrecha entre dos montecillos? hay allí un monton de rocas.

—Sí, sí, amigo mio, dijo la muger apretando el brazo de su marido; yo lo noté, yo misma: tú debes acordarte; te dije hé aquí un mal sitio, quisiera pasar por él mejor de día que de noche.

—¡Oh! señora, dijo un joven cuya voz afectaba hablar tartamudeando y que parecia ejercer en la mesa de la fonda la dignidad real de la conversacion; ¿sabéis que para MM. los *compañeros de Jehú* no hay día ni noche?

—¿Cómo! ciudadano, ¿ha sido en medio del día, preguntó la señora mas espantada, cuando habéis sido detenido?

—En mitad del día, ciudadana, á las diez de la mañana.

—¿Y cuántos eran ellos? preguntó el obeso *monsieur*.

—Cuatro, ciudadano.

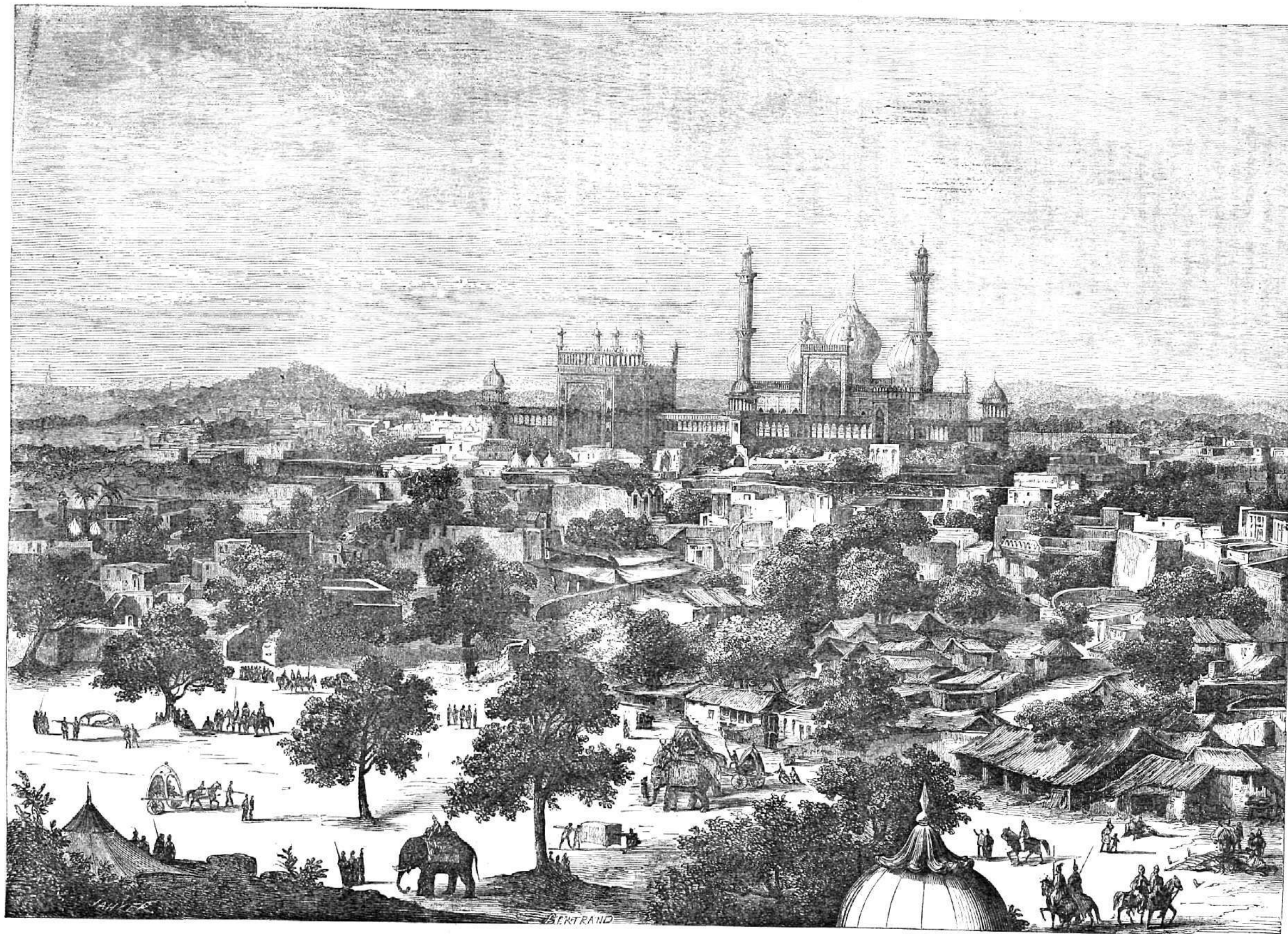
—¿Emboscados en el camino?

—No, llegaron á caballo, armados hasta los dientes y enmascarados.

—Esa es su costumbre, dijo el joven parroquiano de la mesa redonda; á que dijeron: no os defendáis, no os hará ningún daño, nosotros no queremos sino el dinero del gobierno.

—Palabra por palabra, ciudadano.

(Se continuará.)



Vista general de Delhi.

SIR COLLIN CAMPBELL,

GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO BRITÁNICO EN LA INDIA.

Sir Collin Campbell es descendiente de una de las familias más antiguas de Inglaterra.

La tribu gaélica de los Campbell, es célebre en las montañas de la Escocia desde el siglo VIII; y sin embargo, si hemos de creer á la mayor parte de los historiadores de Inglaterra, no es originaria de aquel país, pues según el nombre de sus gefes O'Dubin, parece más bien oriunda de Irlanda.

En el siglo IX de nuestra era, y bajo el reinado de Malcolm-con-More, tomó el jefe de este clau el nombre de Campbell.

El cambio de nombre, según las versiones más autorizadas tuvo por causa un servicio prestado á la Francia.

Los gefes tomaron más tarde el título de Argill ó Argyle, del país en que se había establecido.

La rama principal de esta familia se extinguió en su descendencia masculina en 1743, en cuyo año murió Juan, duque de Argyle, no dejando más descendencia que cuatro hijas, habidas en su matrimonio con Juana de Warburton, dama de honor de la reina Ana. Los Campbell actuales son descendientes de las ramas colaterales, y entre estos el más célebre es el general sir Collin.

La guerra de Crimea ha sido hasta ahora el campo en que más han brillado sus talentos estratégicos, y sus cualidades de verdadero guerrero. Entre ellas, es digna de alabanza, la ejecutada en la batalla de Alma.

En esta acción sangrienta ganada por los ejércitos aliados contra las tropas rusas, avanzó con paso regular, á la cabeza de la brigada de los Highlanders, con el arma al brazo, y al son de las cornetas, contra los reductos enemigos que protegían su derecha en el frente de batalla.

Después lanzóse sobre las fortificaciones, rompiendo el fuego con una descarga á quemarropa, pulverizando las filas rusas, y quedó dueño de la posición.

En la de Balaklava, se precipitó con sus batallones delante de las líneas inglesas, y formó el primer dique de bayonetas, contra las cuales intentó lanzarse en vano dos veces la caballería rusa.

Por una orden de la reina Victoria ha sido investido con el mando en jefe de los ejércitos ingleses en el Indostán.

A nuestro parecer las operaciones de la India según el giro que han tomado los acontecimientos no podían haberse confiado á un talento más privilegiado, y á manos más dignas y experimentadas.

V. CUENCA DE LUCHERINI.

EL BENGALÍ.

IMITACION.

¡Cuán dulce y bella era en otro tiempo la voz del Bengalí! Allí por la tarde, á la hora en que el sol purpura el mar de las Indias, el Bengalí cantaba.

A su vez los pardos ruiseñores, enmudecían celosos, las mariposas admiradas se posaban estáticas en las flores, y las flores, á su vez, se entreabrían encantadas; y cuando en el azul purísimo del cielo pasaba una golondrina errante, y

oía al melodioso cantor, maravillada descendía, olvidando su viaje, olvidando su patria.

El Bengalí amó á una rosa blanca, apenas jóven de un sol.

Cantaba por ella.

Unas veces con una voz tan dulce y triste, como una plegaria, otras tan viva y gozosa, como una esperanza.

El Bengalí decía:

«Conozco todas las flores, aun las más encantadoras; las hay rojas como el coral, azules como el cielo, doradas como las estrellas; muchas inclinadas sobre el plateado espejo de las fuentes; algunas escondidas en la sombra de los bosques; las otras floreciendo al borde del mar, y cuyos perfumes acompañan por largo tiempo á los marinos que abandonan sus orillas.

Pero la flor perfumada que mira el mar, la misteriosa

gali, no me has amado, ¡no he sido feliz!— ¡Cuántas flores en la tierra mueren sin ser amadas!—Adios, adios... Acuérdate de mí...

Dos mil años han pasado después que la rosa espiró, y después de dos mil años el Bengalí no ha cantado nunca, ni amado jamás.

Su corazón no es más que un recuerdo.

Su voz un gemido.

JOSÉ M. CUENCA DE LUCHERINI.

LA VIDA ES SUEÑO.

CUENTO FANTÁSTICO-DIABÓLICO-SATÍRICO-BURLESCO

PARTE PRIMERA.

CAPÍTULO ÚNICO.

Mi habitación.

Vivía yo en París, hará cuatro años por Carnaval, en la memorable y bulliciosa calle de los Mártires, cerca de la puerta del mismo nombre, Barrière des Martyrs, y en cuyo barrio viven un sinnúmero de artistas; poetas, pintores, escultores, músicos, periodistas, literatos, etc.; y teniendo la pretensión de ser uno de tantos, vuestro humilde servidor, fué la sola razón que me indujo á vivir en ese sitio de la capital del mundo civilizado, según dicen, y por estar más cerca y ver de continuo, á un íntimo amigo mío, que vivía en la misma calle, artista pintor, enamorado como Cupido, á quien le contaba yo mis penas, que no eran pocas, y él á mí las suyas, dado caso que tuviese algunas, que lo dudo, pues era muy rica su familia y sus pinceles llegaron á darle producto metálico en el siglo en que vivimos, que estando las artes en su gran apogeo, no se protege al desdichado artista, y solo vive el que no lo es. ¡Bonito siglo! ¡Este es el siglo ilustrado!!

El domingo de Carnes-toiendas, estuve desde las diez de la noche con varios amigos, entregado á las delicias del dios Baco, en el café Leblond, Passage de la Opera, Boulevard des Italiens: de la raza femenil, no había ninguna; pertenecía la reunión al sexo feo, no hallándose entre nosotros el pintor: trastornóse mi cabeza en tan alto grado, que me quedé dormido por algún tiempo, hacia la madrugada, en el gabinete que ocupábamos, sucediéndoles á todos otro tanto. El

sitio y el Champagne, debían producir ese efecto.

Al amanecer, y aun algo más, pues eran las ocho de la mañana, me desperté despavorido y traté de retirarme á mi humilde habitación á descansar y para que mi cabeza volviese á su estado normal, que á pesar de haber dormido por espacio de cuatro horas, bien lo necesitaba la infeliz. ¡Cuántas como la mía hay en el mundo!

Me despedí de mis amigos como pude, y traté de dirigirme hacia mi casa; mas para hacerlo era preciso andar, y érame casi imposible, pues me resbalaba la nieve, que por el suelo había.

El frío era intenso; recuerdo que dos gabanes que llevaba encima de mi espalda y el Champagne en el cuerpo, no bastaban para hacerme entrar en calor; no me extraño, pues hacia 17 grados bajo cero. ¡Una friolera! ¡Bonito país! ¡Mundo de los elegantes... y de los tontos!!

Las calles se hallaban desiertas y llamó en alto grado mi atención, el silencio sepulcral que en ellas reinaba, á



Sir Collin Campbell.

que se oculta en los bosques, y la coqueta que se admira en las fuentes el esplendor de su manto, son menos bellas que tú, mi pequeña rosa blanca: amémonos, mi flor querida; sin tu amor no puede vivir el Bengalí.»

—¡Y tus alas!... Respondió la rosa temblando; el pájaro vuela, la flor, ¡ay!...

—Los corazones amantes no tienen alas; suspiró el Bengalí.

—Ven, dijo la flor, mi corola blanca se disipará para tí. Cayó la noche con toda su corte de estrellas, y el cielo alumbró sus amores. Y hasta el otro día las perfumadas brisas arrullaron dulcemente á la rosa y al cantor.

A los primeros rayos del otro día... murió la rosa... el Bengalí lloraba.

¡Genios del aire, decía suspirando, arrancadme para siempre la dulce voz que me habeis dado, y haced que mi rosa blanca viva todavía tan solo un día!

—No, murmuraba la moribunda flor.—Canta, canta, Ben-

las ocho de la mañana, el segundo día de Carnaval, y en el Boulevard de los Italianos.

Lo que sí dejó de ver, fueron algunos coches que sin hacer ruido alguno, se deslizaban en diferentes direcciones, tirados por burros.

No encontré ni un ser viviente en todas las calles que atravesé hasta la de los Mártires, haciéndolo por el Boulevard de los Italianos, calle de Rossini, de la Grange-Batelière, Faubourg-Montmartre, hasta llegar al número 27, que hacia 10 horas me estaba esperando.

No comprendía la metamorfosis que París había sufrido, no traté de saberla, pues lo que deseaba era llegar pronto, descansar y dormir, que lo demás me importaba un bledo. ¡Algo era!

Llegué á mi triste albergue á duras penas, después de andar por espacio de una hora, en lo que otras veces solo empleaba 15 minutos, me dirigí á la portería, donde se hallaba mi insigne portero, desayunando y teniendo á su alrededor sus seis hijos, que en vez de comer devoraban. La madre de dicha prole, que se hallaba peinada de una manera rara, y cortos sus cabellos en alto grado, tomaron incremento y se le crisparon, al presentarse en el dintel de su habitación.

Al verme el bueno de mi portero, hombre como todos los de su clase, que están bien con el prójimo, cuando este le paga religiosamente la habitación que ocupa, y no olvida la propina por el servicio que dicen prestar al desgraciado inquilino que cogen por su cuenta, me miró de hito en hito y me dijo:

—Se me figura que es hora de recogerse, señor D. Luis. —Así lo creo, y por lo tanto voy á obedecerle, le respondí.

Estrañóme su breve y punzante discurso, pero no hice alto en sus expresiones, y cojiendo la llave de mi cuarto señalado con el número 1, subí las escaleras no sin decirle, con mucho trabajo, pues apenas podía hablar:

—Si alguien viene á buscarme, diga usted que me he ido al campo.

—Campeando está usted por su respeto, me contestó; pero así lo haré: además...

Ignoro lo que me quiso decir con su *además*, pues vino un enorme gato á posarse en su cabeza, quitándole un gorro de dormir, que aun conservaba calado hasta las orejas.

Estrañóme también el paso de comedia ejecutado por el gato, pero no hice caso, pues en Francia, y mucho mas en París, los animales no hablan, nosé por qué. ¡El tiempo todo lo vence!

Noté en el semblante de mi *Cancerbero* un no sé qué diferente á todos los días, sorprendiéndome algun tanto sus maneras hacia mí.

Llegué por fin al entresuelo donde mi aposento se hallaba: abrí, quité la llave, cerré la ventana que daba al patio de la portería, me desnudé, y en mangas de camisa, encendí fuego ignorando con qué.

Las nueve de la mañana sonaban en un reloj de sobremesa colocado sobre la chimenea, cuando entraba en mi lecho.

Apenas me hallé en él, no tardé en quedarme dormido; pues ruido alguno se sentía, el fuego había tomado incremento, estaba bien tapado y además doce horas antes, debí hacer lo que muy presto me sucedió; pues una vez acostado, estuve despierto como unos cinco minutos, cuando me entregué profundamente á Morfeo.

Haría como una media hora que roncaba á mas no poder, segun infero, aunque no es nada poético, cuando dos golpes sumamente fuertes dieron á mi puerta, despertándome como era natural, pero sin levantarme dije en alta voz y con tal cólera, que creo hubiese devorado al prójimo que llamaba con tal gana, si para hacerlo no me hubiera sido forzoso el levantarme.

—¿Quiésta es? ¿Quién vá?

Nadie me contestó y me volví á quedar dormido. Al cabo de cinco minutos, en vez de dos golpes, dieron cuatro; hice la misma pregunta, conseguí la misma respuesta, é hice lo mismo que la primera vez, creyendo no perturbarian por tercera vez mi sueño.

Me engañé: al cabo de otros cinco minutos, el *quidam* que estaba en la parte de afuera, esperando sin duda á que le abriese y sin querer decir su nombre, no se contentó con llamar dos veces y que no le respondiese, sino que empezó un repique con sus manos y en la puerta, obligándome á abandonar mi cama. Levantéme furioso, abrí la puerta de repente y... ¡á quién creéis que me hallé? á mi pintor, que saltando una carcajada, entra en mi aposento, y se sienta en una butaca al lado de la chimenea para calentarse, pues conocí que aunque se reía estaba helado. Nada le dije y me volví á acostar en mi malhadado lecho.

Al ver mi amigo lo que hacia, soplando los dedos para hacerlos entrar en calor, me dijo con voz alarmante y poniéndose de pie:

—¿Estás malo?

—¿Has tenido alguna mala noticia de España?

—No estás contento quizá con la revista que debistes escribir anoche?

—¿Por ventura, crees que no necesito descansar? le contesté con énfasis y volviéndome del otro lado, temblando como un azogado, le dije:

—No estoy malo, tengo muy buenas noticias de España y la revista que hice anoche, me ha salido á las mil maravillas. Por ventura, te demandó á mi vez, ¿te has propuesto no dejarme dormir? No lo conseguirás; y terminé arrojándole de nuevo, bostezándole y diciéndole: «Buenas noches.»

—Es inútil que trates de dormir, no te dejes y por consiguiente no lo conseguirás; contestóme mi pesadilla pintor. Además, añadió, vengo por tí, pues tengo dos billetes para el baile de máscaras que se da esta noche en la grande Opera.

—Te lo agradezco, querido Eugenio, pero prefiero descansar; contestéle volviéndome frente á frente hacia donde

él estaba: estoy muy cansado y es en vano; pero te prometo que otro día... hoy es imposible.

—¡Imposible! me contestó fuera de sí. ¡Imposible cuando me estás pidiendo continuamente billetes para bailes, teatros, conciertos y ahora que te los traigo y los he demandado por tu causa y tengo un gran placer en ir contigo me niegas este favor! ¿Y eres tú mi amigo? Lo dudo y á la vez lo siento.

—Pues bien, no te lo niego; estate aquí si te conviene, agarra un libro, lee, ó si te agrada mejor, toma ese album que tengo sobre esa mesa y dibújame aunque sea la vista de la ciudad de Pekin, el valle de Josafat, el día del Juicio, ó lo que mas te agrade, y á la hora del baile me despiertas. Se me figura que no soy nada exigente; así, pues, te suplico que...

—Vamos Luis, ya veo que los versos te trastornan la cabeza. ¿A qué hora quieres que venga por tí, cuando son las diez de la noche dadas, y el baile empieza á las once en punto? me arguyó el pintor, meneando su cabeza, encorvándose de hombros, pasando su mano por su hermosa barba y sentándose de nuevo en una butaca, no sin dejar de fastidiarme al oírle decir: Levántate; no seas perezoso; ya has dormido demasiado, pues hace cerca de veinticuatro horas que estás acostado; vístete y vámonos en seguida á la ópera, que el baile vá á empezar.

Al oír tal conjunto de disparates, cual una furia del averno, volví á incorporarme en mi lecho y le dije:

—Si mis versos me trastornan la cabeza, las mugeres en breve, á tí te llevarán á Charenton; ese es el sitio destinado para los locos, y te aconsejo que te dirijas á esa casa para que te preparen una habitación. Sigue mi consejo, Eugenio: haz lo que te digo, pues tu demencia es grande y acaso puedan curarla, si llegas á tiempo, que lo dudo, pues estás de remate y causa de ello la baronesa sin duda. ¡Pobre Eugenio! La muger es mala yerba, y el que en ellas cree, le sucede lo que á tí. Déjame dormir, continué diciéndole con calma; son las nueve de la mañana, está nevando, tengo un frío horroroso, he corrido una gran borrasca esta noche y aun faltan catorce horas para que el baile empiece; así pues, por última vez: «Buenas noches.»

—¡Pobre chico! murmuró el pintor. ¡Pobre género humano! ¡Qué lástima! ¡El estudio mata al hombre!!!

Púsose á talarrear el aria de tenor de la Sonámbula, «*A per que non posso odiarti*»... con voz tan desentonada que di un brinco, y sin reparar en el frío que hacia, coji otra butaca y me senté á su lado.

—Estarás contento; le dije con voz entrecortada de ira y con risa sardónica.

—¿Por qué? interpuso el pintor. Ignoro la razón. Contesta á...

—Tu pregunta es escusada: Te habías empeñado en no dejarme dormir y para conseguir tu objeto te pones á cantar, y de un modo...

—Vamos, Luis; si sigo escuchándote, me incomodará y resultaría perder tan estrecha amistad que nos une. Desde que he venido no has hecho mas que decir disparates, y el mayor y casi insufrible es el decir que me he puesto á cantar cuando no he desplegado mis labios y estoy dibujando en tu album, segun tu consejo.

—Tienes razón, Eugenio; he mentido y... ¡Jesús! ¿Qué es lo que por mí pasa? ¿No oyes? ¿No ves? ¡Vade retro! ¡Aparta muger ó vision! ¡Me arrepiento! ¡Yo solo el culpable fui! ¡Yo á la tumba la arrastre!

—Chico, chico, creo que eres tú el que debe seguir el consejo que me dabas antes: ¿Estas loco, Luis? ¿Qué te pasa? ¿A quién has visto? ¿Con quién hablas? prorumpí en una estrepitosa carcajada y me puse á cantar.

—¿No me respondes? me preguntó Eugenio. ¿Estas despierto ó dormido?

—No lo sé; dices que son las once de la noche; no te creo, pero como ya lo ves, te obedezco; en breve, por tu gusto, nos hallaremos en la calle.

—Pero Luis, me dijo el pintor: sin incomodarte ni incomodarme, dime por qué sostienes que es ahora de día al ver el firmamento coronado de estrellas, y la luna llena, clara y despejada y no como tu cabeza.

—De espaldas quisiera yo verte coronado; voy á complacerte y á ver si saliéndote te convences que es de día. ¿No ves cuán radiante se muestra Apolo, á pesar del frío y la nieve que cae? ¡Cuán pocos días como el presente se ven en París! Ya estoy listo: salgamos.

Quince minutos después, Eugenio y yo nos encontrábamos en el peristilo de la Academia Imperial de Música.

Fin de la primera parte.

S. I. DE PALACIOS.

REVISTA NI DE MADRID NI DE TEATROS.

Madrid 7 de abril de 1838.

Que escriba de Madrid una revista,
Me dice el director. ¡Dios nos asista!

¿Queréis que escriba una revista de Madrid?

¿Sí?

Pues la haré á la ligera, porque tengo mi cabeza como una olla de grillos.

¿No sabéis el porqué?

Echad una rápida ojeada en este primer número del Mundo Pintoresco y vereis lo que he trabajado en él.

¿No os convence lo dicho?

¿Queréis que por fuerza os diga cuanto ha pasado en el universo?

Es en valde vuestra demanda pues tengo una fuerza de voluntad muy grande, aunque soy complaciente, y he resuelto que esta mi primera revista sea á la ligera y realizo siempre mis propósitos.

En vano me suplicais.

Estas razones os convencerá del silencio, que os certificado guardaré hasta su debido tiempo.

Del extranjero tengo tan pocas noticias, que juzgo conveniente no decirlas hasta otro día.

De provincias, no han escrito aun los corresponsales, ergo....

¡Mas ya adivino!

Son mis bellas lectoras las que tienen mas empeño en adivino el porqué.

Sin duda querrian que les hablase de modas. Tengo que hacerlo á mediados del mes, por consiguiente...

Es imposible hacerlo hoy.

Ahora bien: escribiré de Madrid.

¿Qué diré?

No lo sé.

Lance apurado: no tengo otro remedio que hablar de teatros.

Segunda temporada.

«Circo.»

«La Ley de Raza.»

Tanto se ha hablado, dicho y escrito sobre esta obra, que creo inútil lo que mi pobre pluma pudiera estampar sobre el papel; mas con todo diré cuatro palabras elogiando la obra y en su ejecucion á la señora Lamadrid y á los señores Romea «don Julian» y Arjona «don Joaquin.»

Pasemos á otra cosa.

«Príncipe.»

Esperan...

Para abrirlo, no á el Mesías, la orden...

Os lo diré.

De la bailarina Guy.

Como es muger... se abrirá cuando ella quiera.

«Novedades.»

«El Hijo Natural» del *hijo natural* de Alejandro Dumas.

Esta obra necesita un artículo exclusivo para ella, pero otros lo han hecho por mí, y entre ellos hay quien dice, no del drama, sí de su ejecucion, que la señora Rodriguez ha estado á la altura de la célebre Rosa Cheri.

Para que me entiendan, me dirijo «al Proscenio.»

Lo siento en el alma.

Aunque volvieran á...

¡Imposible!

La señora Rodriguez fué, es y será siempre, una actriz... de segundo orden y de mediano talento.

La Rosa Cheri goza tan grande reputacion en el vecino imperio, y tan bien adquirida, que juzgo conveniente no hablar mas sobre este punto.

No tanto incienso.

Lo prodigais demasiado carísimo colega, y al encomiar una cosa en alto grado, que no es sino mediana, sus defectos resaltan mas.

¿No habeis visto la representacion del «Hijo Natural», lectores míos?

¿No?

Pues esceptuando á la señora Rodriguez, y á los señores Zamora y Berronet, que comparo á este último á una vellea de viento que se agita á todas partes sin arte ni provecho, su representacion ha sido brillante.

¿Y quién queda me preguntais?

Con la misma prontitud os contesto:

Valero, Calvo y despues...

Nadie.

Apuremos el cáliz de la amargura y sigamos mi no revista.

«Jovellanos.»

«El Planeta Venus.»

¡Lo que va de ayer á hoy!

¿No comprendéis?

Quiero decir, la diferencia que hay de la traduccion al original.

Tambien yerran los maestros, que no siempre se está en disposicion de escribir.

Otro tanto me pasa á mí en este momento: así, pues, echemos tierra sobre el Planeta Venus.

«Mis Dos Mugeres.»

¿No sabéis lo que nos hace escuchar esta zarzuela?

El señor Casella.

Cuantas veces ejecutan esta obra, reina un silencio sepulcral durante su representacion, y este silencio se trueca

en aplausos, en el segundo acto, en el solo de violoncello; tributo rendido al señor Casella, primer violoncellista hoy día de Europa.

No es poco.

Primer escritor del mundo quisiera yo ser; pero desgraciadamente soy el último.

Paciencia.

Una pregunta á los *claqueurs*.

¿Por qué aplaudís al señor Caltañazor?

Hace seis años que lo indago, y siempre me han dicho que por su mérito... que yo no le encuentro.

El miércoles se estrenó en este coliseo á beneficio de la señora Mora, la zarzuela en dos actos y en verso, titulada «Armas de buena Ley», letra del señor D. Pedro Enrique Ramos y música del maestro D. Mariano Vazquez.

Existe una gran diferencia entre el acto primero y el segundo.

Me explicaré mejor.

El segundo es superior al primero.

En el primer acto, que lo considero inútil, hay escenas precipitadas; entre ellas, la última del señor Caltañazor y el Coro precedente.

El final de la zarzuela es algo violento.

Su lenguaje es sencillo y correcto: su versificación fácil y fluida.

En la parte musical hay remi.... me callo y aplaudo el duo de la señora Zamacois y el señor Huriela.

En cuanto á su ejecución, haré varias preguntas:

¿Comprendéis lo que ha escrito el señor Ramos, señora Mora?

¿A qué tanto exagerar, señora Zamacois?

¿Habeis estudiado declamación en el Conservatorio, señor Huriela?

¿Seguís la misma escuela de los célebres clowns Auriol y Ratel, señor Caltañazor?

Al terminar su representación, el numeroso y escogido público que asistió á su estreno, hizo salir á la escena á sus autores.

Reciban mi parabien.

«Tirso de Molina:»

Se abrió y se cerró: al menos así me lo han dicho.

Los hermanos de la señora Sabater, actriz que ha poco falleció, ejecutaron el domingo una función cuyo beneficio, que no lo hubo, era para aliviar en algo á esa familia.

Cooperaron en su ayuda y á tan laudable obra de caridad, las señoras Lopez y Azcona, y los señores Chas de Lamotte, Infante y Subirá.

El público no estuvo de humor de hacer otro tanto.

¿No sabéis lo que hicieron?

El drama en tres actos: «El corazón de un soldado.»

Recojan estos consejos y no los echen en saco roto.

Menos exageración, Sr. Chas de la Motte; no creais llegar con las manos al cielo que es difícil: mas estudio; decid mas bien de como lo haceis y con esto llegareis á ser un buen actor de segundo orden.

¿Infante?

¿No sabéis quién es ese Infante?

Mi hermano.

A él me dirijo.

Dices bastante bien; podrás ser, si estudias, que lo dudo, un buen actor; pero eres tan voluble y tan condescendiente á veces, que te transformas en galán, tercero, barba, galán jó-ven, etc. y tu cuerda es... la que debes seguir en el teatro se entiende, es la que sigue Grassot en el teatro del Palacio Real de París.

¿No sabes cuál es?

Te lo diría si estuvieses á mi lado; pero como estás ajustado en Aranjuez, nada te digo.

Buen viaje.

«Princesa.»

Se necesita tan poco para ser empresario hoy día, que no lo es... el que no lo quiere ser.

Graves consecuencias trae esto, no para los que se hacen empresarios, sino para los infelices que de aquellos dependen.

¿Tendré incapaz la cabeza que he escrito lo que antecede sin venir al caso, llegar ni pegar como suele decirse?

¿Qué remedio!

Ya no puedo retractarme.

Dicen que este teatro será exclusivo para la ópera española.

En efecto, he visto anunciada «D. Sebastian Rey de Portugal,» música del maestro español...

¿Qué me engaño decís?

¿Qué es ópera italiana?

Pues hacéme el obsequio de advertírselo á ese señor

director, que quizá padezca de una equivocación y crea...

«Tantas idas»

«Y venidas...»

Pobre teatro y pobre ópera española.

Asistiremos á su entierro por centésima vez.

«Lope de Vega.»

En gloria esté.

Así sea.

¡Ay!

¿Qué significa ese suspiro?

¡Válgame Dios! ¡¡Todo lo ignorais!!

Significa que me faltan las fuerzas, que no puedo mas... que mi cabeza...

Significa, en fin, que demanda vuestra indulgencia por la presente revista; y de todos los teatros en particular,

Hablará con mas despacio

En su próxima revista,

Quien sigue á todos la pista,

SANTIAGO INFANTE Y PALACIO.

TOROS.

PRIMERA MEDIA CORRIDA

DE LA PRESENTE TEMPORADA.

Madrid 5 de abril de 1858.

INTRODUCCION.

En el año sesenta venidero,
No ha de haber en España ni un torero.
(PROFECIA DEL CÉLEBRE PAQUIRO.)

Aquí estoy ya, benévolos lectores,
Suplicando me escuchen un momento
Aquel que muestra ufano su coleta,
O critico se dice del toreo.
Es tan árdua misión la que me impongo
Al escribir de toros, que recelo
No salir adelante con mi empresa,
Y juzgo conveniente mi silencio.
Mas no es justo que digan en la Corte,
Gritando á voces, que lo impide el miedo.
Antes de permitir tan grande ofensa,
Que padezca mi nombre, malo ó bueno,
Pulso mi pluma y con semblante altivo,
En critico de vichos me convierto;
Que en el siglo ilustrado en que vivimos,
Critica todo aquel que tiene empeño;
Escriba mal ó bien, y ufano trueca
Su nombre, fama y gloria, por dinero.
Ni lenguaje hallarán en lo que ascriba,
Ni estilo... ¿para qué? solo deseo
Las verdades decir á troche y moche,
Y de justo pecar, no de severo.
Que me preste atención España entera,
Y con buena puntilla en mano, empiezo
Lanzando al aire aquesta profecía:
«En el año sesenta venidero,»
Que poco falta, si la dicha es buena,
«No ha de haber en España ni un torero.»
Así dijo al morir, Francisco Montes,
Y es la pura verdad, aunque lo sienta.
Hoy solo brilla Cúchares famoso,
Que en el arte *taurino* es el primero:
Y en pró del arte con afán trabaja,
Cansado ya, sin conocer el miedo.
A la lucha se apresta mas ufano,
Cuando lidia con él cualquiera diestro;
Y que brille el que pueda no le importa,
Pues al fin consiguió... fama y dinero.
Hago punto final en este artista,
Que en él concluye el arte de Romero,
Pepe-Ilo, Guillen y Costillares,
Que amantes son los otros al toreo.
A Labi le diré, mal que lo sienta,
Que sabe poco para ser maestro.
Cuanto hiciere en la plaza será en valde,
Y la verdad es esta sin rodeos:
«Erró su vocación; en vano lidia;
»Lucha tenaz, para perder el tiempo.»
De Cayetano Sanz, no digo nada,
Que el entrar en polémicas no pienso.
Si protección no tienen en el arte,

Gonzalo Mora, el Tato y Regatero,
Que se cumpla, del célebre Paquiro
Su pronóstico al fin, mucho me temo.
La introducción concluyo, que ya es hora,
Y el bullicio, la gente y el despejo,
Me anuncian en tropel que en el instante,
A la arena saldrá el vicho primero.
El lapiz tomo y con estado en mano,
Las hazañas apunto de los diestros.

Boyante, de mal trapío,
Corni-abierto y colorado,
De buena estampa, el primero,
Fué toro á la pica blando.
Cuatro pullas, Castañitas
Le introdujo con trabajo;
Y de cuatro, solo una
Le sostuvo en el caballo.
Tambien de Pinto, diez varas
Tomó el vicho sin descanso;
Y de Calderon tres mas,
Con las cuales acabamos.
Muñiz y Belo, tres pares
De banderillas plantaron;
Y Cúchares de un gollete,
Lo despachó al otro barrio.

Pisó la arena el segundo;
Retinto, de mal trapío,
Tan blando de condición,
Que temblaba el pobrecito,
Con solo ver desde lejos,
A Castañitas ó á Pinto.
Cinco toma del primero
Y del segundo otras cinco,
Faltándole espacio y tiempo,
Para tomar el olivo.
Muñiz le puso dos pares
Y uno Anton, quiso ó no quiso;
Empuña el Tato el estoque,
Yéndose sereno al vicho:
Le cita, acude, y despues
De tres pases de lo lindo,
Lo remató de una á un tiempo,
Entre aplauso y vocerío.

Retinto—claro el tercero;
Pequeñito y corni-bajo;
Huyó al principio y despues
Llevó catorce pinchazos.
Pinto rodó por el suelo,
Perdiendo en la lucha un jaco;
Copia fiel del *Rocinante*,
Por lo triste y por lo flaco;
Y Calderon, que valiente,
Con arrojo y entusiasmo,
A la fiera, en todos partes,
La dominó con su brazo,
Consiguió triunfo completo,
Recibiendo mil aplausos;
Premio que Charpa tambien
Llevó con justicia, en pago
De la pica, que sin duda,
Será la mejor del año.
Baro y la Pulga, tres pares
De rehiletes le colgaron.
Y Cúchares —con dolor
Esta escena recordamos—
Pasándolo varias veces,
Lo concluyó al fin y al cabo,
De dos estocadas bajas
Y atravesadas.... callamos.

¡Don Justo, por Dios, Don Justo!
¿Qué vicho es este que sale?
El cuarto: ¡y es una vaca!
¡¡Esto ya es inaguantable!!
Bien está, sea bayo—perla
El vicho que nos encaje,
Pero no de mal trapío,
Ni que raye en el cobarde.
¿Castañas pudo hacer mas
Que á la trágala obligarle
A que tomara dos varas,
Y una Pinto algo mas tarde?



Tipos militares del ejército Indio.—Caballería regular é irregular.

Hicieron bien Lillo y Belo
En poner sus cuatro pares
De fuego... mas no murmure...
Que yo debiera quejarme.
¿No lo capeó el Tatito
En toda regla del arte,
Y lo envió al otro mundo
Después de darle tres pases
Al natural, de dos cortas,
Y otra en extremo brillante?
¿Qué mas apetece usted,
Mi señor don Justo Hernandez?

Salió el quinto, de D. Justo,
Negro, de buena cabeza.
Lo capeó bien el Tato
Tal como el arte aconseja,
Y en el tercero hizo Curro,
Con aprobacion completa.
Cinco jamelgos mató,
Dejando dos en la arena;
Y á Castañitas dos veces
Hizóle morder la tierra.
Pinto, Calderon y Charpa,
Picaron con buena estrella.
Muñiz le plantó dos pares
De banderillas bien puestas;
Mariano Anton por desgracia,
Par y medio—mala cuenta,—
Que tiene que ser así
Aunque al sumarla de pena.
Sonó el clarín á la muerte,
Y Cúchares lo trastea
Con la perfeccion que tiene
El gran diestro en la muleta,
Y cuando estuvo bien puesto,
Lo remató de una buena,
A pasa-toro, muy alta,
Profunda, rápida y recta.
Le aplaudieron y es tan justo,
Como injustísimo fuera,
Celebrar al puntillero
Que apunta, pero no acierta.

Salió el sexto entre dos luces:
Retinto, corniveleto,
Durillo, de buen trapío,
Y de pies algo ligero.
Le endosó seis varas Pinto
Y tres sin tomar aliento
Calderon, que en la refriega
Se quedó sin su embeleco;
Y al volverse á Castañitas
Le hizo dar ¡Santos del cielo!
El batacazo mas grande
Que se ha dado en estos tiempos.
Nicolás Baro y la Pulga
Colgáronle tres y medio;
Y el Tato lo descordó
A la primera.—Laus Deo.

RESUMEN.

Estuvo llena la plaza;
El servicio me agradó;
Y los vichos de Don Justo
Me causaron compasion.
Con vestido grana y plata,
Cúchares se presentó;
Y el Tato de verde y oro,
Mas reluciente que el sol.
Setenta picas sufrieron
Los toros, sin compasion;
Con treinta y nueve rehiletes,
Si mi cuenta no falló.
De tan sangriento combate,
No fué el resultado atroz;
Pues solo doce caballas
Murieron sin ton ni son.
Aplaudo en esta corrida,
Al segundo matador,
A Muñiz, tambien al Lillo,
A Charpa y á Calderon.
Los demás, tengan paciencia,
Que no adula sin razon,
SANTIAGO INFANTE Y PALACIOS,
Vuestro atento servidor.

VARIEDADES.

Cuando Milton perdió la vista, se casó en segundas nupcias con una muger muy hermosa, pero de muy mal genio.

Habiéndole dicho un dia Lord-Buckingham que su esposa era tan bella como una rosa:

—«No la puedo juzgar por los colores, replicó tristemente, pero sí por las espinas.»

El poeta inglés Pope, que segun Voltaire, redujo los silbidos desagradables del clarín inglés, á los dulces sonidos de la flauta, era jorobado y muy propenso al epigrama y á la sátira.

Mas de una vez fué por esto castigado.

Un dia, disputando con un individuo preguntóle con tono desdeñoso, si sabía lo que era un punto de interrogacion.

—«Sí, le respondió su adversario: es una figurilla tuerta y jorobada, que hace á menudo preguntas impertinentes.»

Por todo lo no firmado: el secretario de la redaccion,
SANTIAGO INFANTE DE PALACIOS.

GEROGLÍFICO.

LO „o LO

LA SOLUCION, EN EL PRÓXIMO NÚMERO.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1858.

Imprenta y litografia de D. Juan José Martinez,
calle del Desengaño, núm. 40.